

...de todos los siglos...
...la zarza...
...la actividad del fuego...
...que respeta esta zarza milagrosa...
...Moisés: iré, y veré esta grande maravilla!



...de todos los siglos...
...la zarza...
...la actividad del fuego...
...que respeta esta zarza milagrosa...
...Moisés: iré, y veré esta grande maravilla!

SERMON

PARA LA FIESTA

DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Vadam, et videbo visionem hanc magnam.
Iré, y veré esta grande maravilla.
EXOD. 3. v. 3.

SEÑOR:

Extraordinario era el prodigio que se manifestó á Moisés en el monte Sinaí. Una zarza cercada por todas partes de llamas sin consumirse; ¿pues qué es lo que en su presencia suspende la actividad del fuego? ¿por qué este elemento, que con su voracidad consume cuanto encuentra, parece que respeta esta zarza milagrosa? ¡Quién no diria, como Moisés: iré, y veré esta grande maravilla! *Vadam, et videbo visionem hanc magnam.*

Aun es mayor el prodigio que la Iglesia ofrece hoy á la piedad de los fieles. Una pura criatura, una hija de Adan, una porcion de la masa corrompida del humano linaje.

je, que á pesar de la raiz inficionada de donde procede, á pesar de la depravacion del siglo en que habita, á pesar del aire emponzofado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorrupta en medio de la mayor corrupcion. ¡Oh Dios! ¡quién como vos! vos sois el Dios que obra los prodigios.

Los justos, aun los de primer orden, no obstante sus temores y vigilancia, no obstante los socorros de la gracia que los sostiene, experimentan muchas veces al dia su flaqueza: si dijeran que estaba un solo instante de su vida sin pecado, mentirian al Espíritu Santo y contra sí mismos; y María desde el primer instante en que Dios derramó en su alma la justicia y santidad, hasta el momento en que entró en la eterna bienaventuranza, María siempre triunfó del pecado, del mundo y de todos sus halagos; del mundo y sus falsas máximas, con las que hace que tantas almas entren en el camino de la perdicion; del mundo y de tantas contradicciones que opone á la virtud, y con las que desgraciadamente se pierden tantos justos, de aquellos que el Evangelio llama temporales; por todas partes la rodea el fuego del pecado, pero sin poderla hacer sentir su infame ardor. ¡Qué prodigio tan inaudito! ¡qué gloria! ¡qué privilegio tan singular concedido á María! Iré, y veré esta gran maravilla. *Vadam, et videbo visionem hanc magnam.*

No obstante haber nacido María con un privilegio tan sublime, que ponía entre ella y el pecado una casi infinita distancia, nunca creyó poder conservarle sino por medio de la fidelidad y vigilancia. La misma plenitud de gracia que la hacía superior á todos los peligros, se los hacía, al parecer, mas formidables. Sin tener en sí aquel caudal de flaqueza y corrupcion que hace que en todo hallemos escollos, y que muda en lazos aun nuestras mismas virtudes,

las mas rigurosas precauciones la parecieron el único asilo y toda la seguridad de su inocencia. El retiro, la oracion, el huir del mundo, la negacion de sí misma, fueron las reglas constantes de sus costumbres; y aunque tantos favores recibidos del cielo la daban una confianza tan firme y tan bien fundada de que nunca la abandonaria la gracia, vivió, no obstante, como si siempre estuviera temerosa de perderla.

¡Qué instruccion y qué ejemplo! Si María libre de aquel principio de corrupcion que hace que nuestras caidas sean tan fáciles y casi inevitables, huye del mundo, vive con recogimiento y oracion, ¿cómo nos prometeremos nosotros poder conservar entre sus placeres y peligros una inocencia que aun dentro de nosotros mismos tiene enemigos tan terribles contra quienes pelear? Esta es la reflexion mas natural que nos ofrece este misterio.

Hallo pues en María, cuya fidelidad quiero proponer por modelo á las almas favorecidas de Dios y á quienes la gracia ha sacado del vicio, dos fidelidades respecto de la gracia recibida; una de precaucion y otra de correspondencia: la fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros; la fidelidad de correspondencia, con la que cuida hasta el fin de hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia: fué fiel en conservar la gracia recibida, y fué fiel en aumentarla y seguirla hasta donde la misma gracia la quiera conducir. Volvémonos á la misma Señora para alcanzar por su intercesion estas dos fidelidades. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Tres escollos deben tener las almas, que deseosas de su salvacion y vivamente persuadidas de que todo lo que no es Dios es un sueño, quieren empezar á ser fieles. Primeramente, su propia fragilidad que las arrastra; en segundo lugar, el mundo, con el cual todavía quieren guardar respetos y atenciones; y por último, el olvido de la gracia, que poco á poco las hace menos cuidadosas de la grandeza y singularidad del favor que en medio de sus extravíos mudó su corazón y disipó sus tinieblas. A estos tres tan peligrosos escollos para una nueva conversion, opone María tres precauciones, que nos servirán hoy de modelo. Primeramente á la propia fragilidad, opone una entera separacion del mundo; á la vana delicadeza de los juicios públicos, una insensibilidad heroica respecto de los discursos y frívolos pensamientos de los hombres, y al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza del beneficio. Os suplico que me esteis atentos.

El primer escollo de nuestra inocencia está en nosotros mismos; nuestras mas santas resoluciones vienen casi siempre á tropezar con nuestras propias inclinaciones; la misma prontitud de corazón que forma nuestras lágrimas y penitencia, es en el instante siguiente la causa de nuestra inconstancia y de nuestros disgustos; y sin que los objetos exteriores se mezclen en nuestro engaño, la virtud por sí sola se debilita en el mismo corazón en que se habia formado.

Una de las ilusiones mas comunes de que se vale el demonio para engañar á las almas que empiezan á servir á Dios, es el persuadirlas que no es necesario romper abiertamente con el mundo para hacer una vida cristiana; que

se puede muy bien vivir en medio de sus placeres sin tener parte en ellos; que una vez mudado el corazón, las ocasiones que antes eran funestas á la inocencia, son ya objetos indiferentes, y que entonces los mismos peligros vistos de cerca sirven de instruccion y de remedio.

Para confundir, pues, un error tan injurioso á la piedad, nos propone hoy la Iglesia el ejemplo de María. Fortalecida con todas las bendiciones de la gracia, defendida con el privilegio de su concepcion milagrosa, y teniendo la promesa de Dios por prenda de su inocencia, no se tiene por segura sino lejos del mundo y de sus riesgos. Huye de las ocasiones aun antes de la edad en que pueden temerse los peligros. El retiro de Nazareth fué el primer asilo en que muy en tiempo depositó el tesoro de la gracia para libertarle del contagio. Allí, separada del mundo, unida con Dios por medio de los mas santos movimientos de una caridad ya consumada, heredera de los deseos de todos los patriarcas sus antepasados, cargada de los votos de toda la sinagoga, suspiraba sin cesar por la venida del Salvador; gemia por la desolacion de Jerusalem y por las infidelidades de su pueblo, pedia al Señor que visitase á Israel con su misericordia, y pensando continuamente en el que habia de ser la salud de Judá y la luz de las naciones, le formaba ya en su corazón por medio de la fe, dicen los Santos Padres, antes que la virtud del Todopoderoso le hubiese formado en su seno por medio de la secreta obra de su poder. Ni la autoridad de los ejemplos, ni la licencia de las costumbres de su tiempo, en que el comercio de las naciones y el reinado de un extranjero habian alterado mucho en Judea la sencillez de las primeras costumbres y la observancia de la ley de Dios, no la hicieron minorar la austeridad de sus precauciones y conducta. Hija de David, esposa de José, ma-

dre del Mesías, entregada despues al amado discípulo, en todos los diferentes estados de su vida se oculta, vive lejos del mundo y donde solo Dios la vea. La oracion y el retiro la parecen el único medio de conservar la gracia recibida. *Primera instruccion.*

Es error el creer que el mundo y sus peligros son menos de temer, cuando se les presenta un corazon convertido y una alma que desconfía de ellos. Primeramente, exponeis la gracia recibida, y esta es una temeridad castigada casi siempre con la pérdida del beneficio que se expone. En segundo lugar, es una ingratitude y señal del poco caso que haceis de las misericordias que el Señor usa con vosotros: á la ingratitude sigue la tibieza, y muchas veces la indignacion del bienhechor. Podia añadir que quanto mas ha purificado vuestro corazon la gracia de una conversion sincera, tanto mas peligrosas son para vosotros las ocasiones: en otro tiempo, cuando caminábais por el camino de la iniquidad, viviendo en el comercio de los sentidos y de las pasiones, estaba menos expuesta vuestra alma; la familiaridad con los deleites entorpecía, por decirlo así, su viveza; veíais mil veces el peligro sin reflexion y con tranquilidad; el disgusto os servia como de seguridad; el pecado, si es lícito decirlo así, os servia de muralla contra el pecado mismo; pero hoy que conociendo el don de Dios os absteneis de quanto puede desagradarle, tienen para vosotros los placeres un nuevo veneno; quanto mas huís de ellos, mas debéis temer su presencia; quanto mas tema vuestro corazon el entregarse á ellos, mayor impresion harán en él: si desafiamos temerariamente á un enemigo que nos parece temible, ya nos podemos contar por vencidos: las mas ligeras ocasiones que en otro tiempo apenas merecian vuestra atencion, ofenderán hoy vuestra inocencia. Todo aquello de que nos

privamos empieza á sernos mas amable; los deleites que hemos renunciado se presentan con nuevos halagos; el pecado á quien ya hemos apartado de nosotros, halla al corazon mas fácil para recibir sus impresiones. Os fiáis de vuestra virtud, y la misma virtud expuesta á los peligros es muchas veces la mas peligrosa tentacion de la alma fiel.

Jehú, príncipe impío, miraba con la indiferencia á soberbia Jezabel, rodeada de pompa y de atractivos, cuidadosa solamente de agradarle; y David, justo y fiel, ve perecer su inocencia por sola la indiscrecion de una mirada. Algunas veces está la virtud mas cerca de caer que el vicio mismo; y vos lo permitís así, ¡oh Dios mio! para que las almas que son vuestras, obren su salud, huyendo de los peligros y desconfiando de sí mismas.

Por otra parte, si ya os sentís movido de Dios, ¿qué encanto puede tener el mundo en que vivís? Aun cuando pudiérais salir por fiadores de la fragilidad de vuestro corazon y pudiérais prometeros que nunca os sorprenderian aquellas ocasiones halagüeñas, en aquellos instantes de inadvertencia ó flaqueza en que repentinamente se suele perder el fruto de muchos años de virtud, ¿qué es lo que aun podeis hallar en el mundo que os agrade? ¿en qué os podeis ocupar en él, sino en cosas inútiles, de que vuestra fe se queja en secreto? ¿Qué podeis oír sino vanos discursos que se oponen á vuestras determinaciones ó que las entibian? ¿De qué os pueden servir sus placeres sino de halagos que os perviertan, sus mas honrosas conexiones, sino de cumplimientos que os molesten, sus mas divertidas tertulias sino de escenas que os estorben? ¿Qué puede ser para vosotros todo el mundo entero sino una perpetua violencia? ¡Oh alma fiel! exclama San Agustin. ¿Qué haces en medio de un mundo que no se hizo para tí? *¿Quid tibi cum pompis*

diaboli, amator Christi? Infelices seríais si aun amáseis al mundo; pero aun lo seríais mucho mas si no amándole os obstináseis en vivir en medio de sus peligros: salid, pues, de este mundo corrompido; esto es, formaos en él nuevas amistades, nuevos placeres, nuevas ocupaciones; uníos con el corto número de almas justas que viven en el mundo como vosotros, pero no viven como el mundo; en su compañía, dice San Agustin, hallareis aquella fidelidad, aquella verdad, aquel candor, aquella alegría pura y agradable, y aquella seguridad que nunca pudísteis hallar en las compañías mundanas: apartaos generosamente de aquello que no os es permitido amar, tened valor para huir de lo que la fe os ha hecho ya despreciar, y no hagais caso de los vanos juicios de un mundo que no conoce á Dios y que ya está juzgado. *Segunda precaucion*, cuyo ejemplo vereis en María Santísima.

El temor de los juicios humanos es, católicos, el segundo obstáculo que opone el demonio á las santas inspiraciones de la gracia. Bien conocemos que para corresponder á los movimientos saludables que la bondad de Dios pone en nuestros corazones, era necesario dar muchos pasos; pero nos detiene el mundo que hablará, que lo condenará y se burlará; al mismo tiempo que le despreciamos le tememos.

Persuadida, pues, María de que es imposible unir lo que nos pide la gracia con las costumbres y sujeciones que nos impone el mundo, y el no ser infiel á Dios cuando queremos suavizar con respetos humanos las obligaciones de una nueva vida, no se detiene en examinar si sus pasos parecerian extraños á los hombres, sino solamente si son medios necesarios para conservar la gracia recibida; y así, aunque en la Sinagoga se miraba á la virginidad como opro-

bio y eran despreciadas las personas que abandonaban la esperanza de ser madres del Mesías, conociendo María que este era el camino por donde Dios queria llevarla, abraza este humilde estado, y sin tener respeto á su nacimiento, á la esperanza de sus parientes, frustrada con esta resolucion, á lo que diria el mundo, el que siempre desea hallar en la conducta de los justos alguna cosa extraordinaria para poder motejar á la piedad de capricho y de flaqueza, consagra á Dios su virginidad y sigue la voz del cielo sin cuidar de los vanos pensamientos de los hombres; porque á la verdad, católicos, se adelanta poco en el camino de Dios cuando se miran con respeto las injustas preocupaciones del mundo.

Y si no, decidme los que movidos de la gracia, aunque demasiado atentos á los juicios humanos, guardais aún ciertos respetos con un mundo á quien no amais, ¿qué es lo que pretendéis con dejar de hacer por respeto suyo mil cosas propias de la fidelidad que debeis á Dios? Si quereis con esto evitar sus censuras y que favorezca vuestra nueva virtud, os engañais, porque cuanto mas observante os vea de sus máximas, mas censurará vuestra piedad, cuanto mayor uniformidad querais conservar con él, mayores motivos dais á la malignidad de sus censuras; las mismas condescendencias de que con trabajo usará vuestro corazon para agradarle, serán el motivo de su burla; condena solamente en los que se dedican á la piedad lo que halla en ellos de mundanos; se burla de aquellas almas indecisas que hacen á todo, al mundo y á la virtud, y así son indefinibles; se rie de los que despues de haberle abandonado aun quieren agradarle; y aunque es enemigo declarado de la virtud, por lo comun su censura mas se dirige contra los defectos de la virtud que contra la virtud misma.